

EDITORIAL

María, la protección y las entrañas de humanidad

Cada vez que celebramos a María, la nuestra, la del Perpetuo Socorro, es inevitable que el corazón y la mirada se traslade a los lugares donde la humanidad llora o sufre o, desgraciadamente, muere.

María, la de las causas justas, la que lleva acompañando la historia de toda persona en la búsqueda del bien, es la cercanía de Dios en los lugares y personas donde la falta de amor transforma la existencia en mal vivir, la esperanza en desesperación y la posibilidad en castigo. Es el Perpetuo Socorro de quien espera ser salvado, de quien sueña otra vida, de quien confía que alguna vez alguien dé la cara por él o ella. Es María del Perpetuo Socorro, la de los últimos, que Dios Padre quiere convertir en primeros.

Los que formamos parte de esta familia del Perpetuo Socorro hemos recibido la gracia de leer el mundo como fraternidad y las relaciones humanas como misericordia; nada de lo que pasa en nuestro entorno nos es indiferente, porque lo nuestro es transformar la realidad desde el socorro de Dios.

Por eso para nosotros celebrar es comprometernos; cuando anunciamos que somos marianos, estamos diciendo que somos testigos de un mundo nuevo, unas relaciones sanas y un compromiso social evidente. No nos conformamos con la belleza de nuestro Icono bien guardado, sino que reconocemos que su sitio es la calle; la verdad de nuestra palabra y la justicia que

esperan anhelantes tantas mujeres y hombres como se quedan por el camino.

Todavía titubeante por la pandemia, nuestro mundo no deja de generar conflictos. Son los gritos de Dios que nos exige estar despiertos y no conformarnos con el cuidado del propio bienestar. Son tiempos en los que todos nosotros, misioneros, no podemos quedarnos callados aunque personalmente nada nos pase. Retumban en nuestras entrañas los clamores de paz; la necesidad social; el «sin futuro» de tantos jóvenes. Retumban y nos convueven tantos rincones donde el conflicto se ha convertido en el

Nos gusta la humanidad que tiene derecho a soñar un mañana posible

«pan nuestro de cada día». Miles de jóvenes en Colombia reclamando una justicia robada; otros tantos que en Myanmar desafían a quienes se creen fuertes porque usan contra ellos las armas... y bien cerca de nosotros, en Ceuta, donde se usa la vida de los jóvenes que buscan futuro como arma arrojadiza entre gobiernos que no quieren entenderse. En estos lugares, como en tantos otros, los cristianos, los discípulos de María del Perpetuo Socorro tenemos que ser la voz que le recuerde constantemente a Dios la vida de quienes sufren; la solidaridad que testimonia que la vida vale



Francisco Javier Caballero, CSsR
director@revistaicono.org

cuando se comparte y reparte; la conciencia de que no se puede vivir en cristiano mirando para otro lado. No nos gustan las polémicas; ni la dialéctica para buscar culpables. Nos gusta la humanidad que tiene derecho a soñar un mañana posible y por eso reconocemos la caricia y el cuidado del Perpetuo Socorro en todos aquellos que convierten su vida en abrazo del que tiene necesidad... Hoy, en esta tierra y este mundo, hay más bien que mal; hay más generosidad que egoísmo; hay más humanidad... Todo depende de lo que uno quiera ver o lo limpio que esté su corazón.

María del Perpetuo Socorro, en este año y en su fiesta, nos necesita felices, conscientes, responsables y sinceros... todo un proyecto de transformación para nuestras vidas, nuestras comunidades y grupos.

Al otro lado, un abrazo

En estos días son miles las personas que se lanzan al mar para buscar un futuro. Se lanzan sin saber nadar, sin saber qué van a encontrar. Son cientos de personas las que, al otro lado, las reciben con un abrazo. Sin juzgar, preguntar o lamentar, solamente porque son personas, porque son hermanos.